

» Porque toda la tierra conocida,
A causa de los grandes desafueros,
Asolada la veis y destruída
Por la loca maldad de los primeros,
Y nada della hinche la medida
De tantos y tan nobles caballeros;
Y así por ser lo visto poco cebo
Cumple que descubramos reino nuevo.

» Mas quiérole decir á los que fueren,
Pues ni fuerzas ni ruegos los compelen,
Que como valerosos perseveren
Y no se vuelvan luego como suelen,
Y en la necesidad no desesperen,
Antes unos á otros se consuelen,
Pues como desta suerte se provea
Algo se hallará que bueno sea.

» Donde fortuna mas os embaraza
Mostrareis menos tímido semblante,
Y si para volveros diere traza,
Entonces colareis mas adelante;
Pues al fin la porfia mata caza,
Y nada hizo bien el inconstante:
No sean parte miedos en efeto
Para dejar de ver este secreto.

» Pocas veces dejó de ser propicia
Cuerda solicitud á diligentes;
Y así sino la horra la malicia
De los angostos pechos y dolientes,
No puede despintarse la noticia
Que tenemos por partes diferentes,
Porque las mas distintas poblaciones
Conforman en el dar las relaciones.

» Si tomáis el negocio mas de veras
Que Lerma lo tomó tiempo pasado,
Sereis los que hollais estas riberas
Inventores de nuevo principado,
Cuyas provincias hallareis enteras,
Y será cada cual aprovechado,
Trocando los trabajos en contentos
Con señores de repartimientos.

» Y no pueden estar largo desvío
De la prolija cumbre de la sierra;
Y así para llevar mejor avío
De cosas necesarias á la guerra,
Irán los bergantines por el río,
Con quien se comuniquen los de tierra,
Porque sean en tiempos afligidos
Los unos de los otros socorridos.

» Ya tiene mi poder y está nombrado
Para ser general en la jornada
El docto y animoso licenciado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Varon de quien yo vivo confiado
Que para bien regir le falta nada,
Y Gonzalo Juárez, de quien sienten
Tener para gobierno gran talento.

» Van Juan del Junco, San Martín, Cardoso,
El capitán Lebrija, Tesorero,
Y Juan de Céspedes, varon famoso,
Con Valenzuela, noble caballero,
Lázaro Fonte, diestro y animoso,
Baltasar Maldonado, gran guerrero,
Escuadras y adalides de momento,
De quien todos teneis conocimiento.

» De la gente que por agua camina,
En seis barcos que en una carabela,
Irá por general Diego de Urbina,
Cuya prudencia todo lo nivela;
Va Manjarés, persona fidedina,
Ya por allí cursada su rodela;
Va Juan de Albarracín, va Juan Chamorro,
Ausimismo Gonzalo García Zorro.

» Van otros muchos diestros en asechos,
Vivos en ojos, prontos en oídos;
Van baquianos á las armas hechos,
En aquestos trabajos muy curtidos:
De hélicos arreos y pertrechos
Todos medianamente proveídos,
Y si destos algunos están faltos
Los ánimos los suplen, que son altos.

» Veo con buenos bríos al mas cano,
Tímida cobardía despedida;
El apacible tiempo del verano
A los efectos desto nos convida:
Solo resta que los que tienen mano
Quieran poner en orden la partida;
Y así concluyo con que lo propuesto
Con tiempo tenga cumplimiento presto.»

Vista su voluntad determinada,
Todos los principales de aquel puerto,
Con adherentes para la jornada,
Pusieron sus personas en concierto;
Mas agora que yo de la pasada
Me siento de cansado como muerto,
Reposo quiero dar á mi fatiga
Antes que lo que resta se prosiga.

CANTO TERCERO.

Donde se trata cómo salió la gente del puerto de Santa Marta, así por mar como por tierra, para descubrir tierras nuevas, y de lo que les sucedió en el río Grande á la entrada del, y en la prosecucion del viaje.

Contaba ya la religion cristiana
Treinta y seis años sobre quince cientos,
Del parto de la Virgen soberana
En estrechos y pobres aposentos,
Quando salió la gente castellana
Para continuar descubrimientos,
Y el sol por el eclíptico camino
Quería visitar décimo sino.

Mil para tomar armas hay por cuenta,
Y destos los quinientos aviados
Por tierra, de caballo son los treinta
Y otros treinta rocinos van cargados;
Van por mar cuatrocientos y sesenta
Entrellos marineros y soldados;
Los de tierra por ahorrar carguios
Dejan de su caudal en los navios.

Porque tienen de ir por gente blanca
Jornada larga, de trabajos llena,
Antes de se juntar en la barranca
Del río grande de la Magdalena;
Donde si de salud hay gente manca,
La metan donde guindan el entena,
Y hallen sus alhajas y fardaje
Para prosecucion de su viaje.

Pero los mas que van por las florestas,
Eso me da cursado que novicio,
Ropa y comida va sobre sus cuestras
Con armas para hélico bullicio;
Y entre tantas compañías como estas
Solos tres indias iban de servicio,
Que tenían particulares dueños
De aquellos capitanes mas isleños.

Dirigen pues sus pasos á Chimila
Y á las provincias que le son fronteras,
Mas llevando vacia la mochila
Del grano que produce sementeras,
Hambre y enfermedad los anihila:
Incultas hallan todas sus riberas,
Por estar ya los pueblos conocidos
En partes diferentes retraidos.

Los suspiros del pecho van á pares
Del triste que se ve debilitado;
Lo cual visto por Gonzalo Suárez
Y el capitán Lebrija Maldonado,
Procuraron buscar nuevos lugares
Con aquellos de quien tienen emidado:
Y así fueron por partes diferentes
En busca de comidas y de gentes.

El Gonzalo Suárez por buen arte,
Con soga de hamacas retorcida,
Pasó con su bandera y estandarte
Agua de Ariguani poco erecida,
Y en los confines del, en otra parte,
Recogió buena copia de comida,
Cautivando también por sus florestas,
Indios que la trajeron á sus cuestras.

Luego como llegaron al asiento,
Se mandó repartir por don Gonzalo,
Y el regocijo y el contentamiento
Mayor debió de ser que yo señalo;
Pues el que perecía de hambriento,
Juzgábase por celestial regalo:
Y así fueron con esto reparados
Y con alguna caza de venados.

Estando pues con este regocijo,
Una india, tendidos los cabellos,
Que debió de huir en el cortijo
Quando los enlazaron por los cuellos,
Con amor entrañable de su hijo
Se llegó sin temor á todos ellos;
Y admirados de ver cosa tan nueva,
Deseaban saber qué causa lleva.

La cual, como con otros lo vió vivo,
En brazos lo tomó con ansia viva,
Y con aquel ardor caritativo
Que de todo temor á muchos priva,
Dijo: «Pues eres, hijo, tú captivo,
No quiero yo huir de ser captiva,
Ni dejaré de ir donde tú fueres,
Y allí moriré yo donde murieres.»

Habiendo sus palabras reducido
A castellanas voces los ladinos,
Tan gran compasion dieron al oído
De nuestros fatigados peregrinos,
Que no solo le dieron su querido,
Pero todos sus deudos y vecinos,
Un viejo reservando que podía
Ser para su camino buena guía.

Ven de Tamalameque los confines,
Donde su morador de paz espera,
Menoscabados hombres y rocines;
Vieron del río Grande la ribera,
Y preguntando por los bergantines,
Ningun indio les dió razon entera:
De pálido color cubren el gesto,
Y agora yo diré la causa desto.

Salió Diego de Urbina de aquel puerto,
Yendo con el don Diego de Cardona,
Puestos los bergantines en concierto,
Elena de viento prospero la lona,
Piloto maestro Juan, varon esperto,
Y el mozo Manjarés, cuya persona
En aquellos caminos era diestra,
Y habia dado valerosa muestra.

Llegaron cuando ya la luz es poca
Y hacia la noche su llegada,
Y así surgieron antes de la boca
Del río por do hacen la entrada,
Por mandado de aquel á quien le toca
Regir y concertar los del armada,
Esperando que venga nueva lumbre,
Con la guarda que tienen de costumbre.

Celebrábase pues siguiente dia
Aquella Concepcion inmaculada
De la generosísima Maria,
Virgen, Señora nuestra y abogada,
Y por la gente toda se pedía
Ser en aquel lugar solemnizada:
Quisierá la gente peregrina,
Pero no consintió Diego de Urbina.

Y así trocados los nocturnos fines
En aquel resplandor que nos consuela,
Hizo tocar trompetas y clarines,
Mandando que se hagan á la vela
Aquellos dichos siete bergantines,
El uno dellos buena carabela,
Puesto caso que de contrario voto
Fue siempre maestro Juan diestro piloto.

Diciéndole: « Señor, inconveniente
Grande me representan las salidas;
El río Grande viene de creciente,
Dejemos alfojar las avenidas,
Pues con el impetu de su corriente
Las olas andan altas y subidas;
Inminente peligro nos despierta,
Por llevar los seis barcos sin cubiertas.»

» Ya veis, señor, la mar cuál anda fuera,
Y que los barcos no van muy lijeros;
El río trae copia de madera,
Con sus raíces árboles enteros;
Recélese la gente marinera,
Tienen temor aquestos caballeros;
Y para no venir á los extremos,
» Conviene que primero lo miremos.»

Respóndele: «Pues sois buen navegante,
No receleis aqueste pilotaje,
Que yo no veo cosa que me espante
Para dejar de ir nuestro viaje;
Esperan los soldados adelante,
Cuya ropa llevamos y fardaje;
Dénse, déense las velas á los notos,
Y vayan con aviso los pilotos.»

Luego de su partido descontentos,
Las cañas se pusieron en timones,
Con fuerzas flojas y con brazos lentos
Las áncoras se leván y resones;
Desliérense las velas á los vientos
Con graves y pesadas turbaciones,
Tanto que flojedad y pesadumbre
Daban de su desdicha certidumbre.

Tomada pues del río la garganta,
E yendo ya por él poco desvío,
Olaje tan soberbio se levanta
De las aguas del mar y grande río,
Que quien menos temia mas se espanta,
Y menos muestras daba de su brío,
Viendo que no podia navegante
Volver atrás ni ir mas adelante.

Uno vereis lloroso y otro triste,
Dan grita los mancebos y los canos,
Agua por todas partes los embiste;
No les presta timon ni valen manos:
Ya su salud en solo Dios consiste,
Que no la pueden dar hombres humanos;
Y lo mas sustancial de su esperanza
Era tener ninguna confianza.

Estando pues con este desatino
Causado del rigor de la procela,
Un grande y orgulloso remolino
Sorbíó la sobredicha carabela
Y un bergantin que junto della vino,
Y amortajó los hombres con la vela:
Diez andan por las ondas de Neptuno,
De los cuales fue Manjarés el uno.

Es nada lo que nada, pero viendo
Acrecentar las olas sus enojos,
Quando los barcos iban consumiendo,
En un grueso tablon puso los ojos,
Y en él después se estuvo sosteniendo,
Recogiendo también otros despojos,
De cosas de madera que allí hubo,
Encima de las cuales se sostuvo.

Anda sobre el olaje fluctuando,
El cual la flaca balsa desparpaja,
Está por ir á tierra forejeando,
Mas no puede, por mucho que trabaja;
Y cuanto mas andaba naufragando,
Mas andaba tras él una baraja
De naipes, que después él me decia
Que nunca lo dejó todo aquel dia.

Dicele pues, á vueltas de otras quejas,
«Vete, demonio, ya no me fatigues,
Que si por tierra voy nunca me dejas,
Y agora por el agua me persigues;
A mis grandes pecados son anejas
Las cartas de maldad con que me sigues,
Porque con ellas fueste tal tercero,
» Quel tiempo se perdió con el dinero.»

Mas con la devocion que convenia,
No deja de llamar auxilio santo;
Y así, cuando la noche ya queria
Cubrir todas las cosas con su manto,
Pudo llegar adonde pretendia,
Poco menos que muerto del quebranto;
Y con las mismas ansias y temores
Salieron otros siete nadadores.

El Cardona y Urbina con su pena
Y paga de la culpa merecida,
Acia la banda van de Cartagena
Compelidos también del avenida,
Y dieron al través en una arena,
Do fué milagro reservar la vida;
No quisieron volver mas á su cargo,
Antes para Pirú se van de largo.

Dejando pues cien hombres ahogados,
Soldados de valor adamantino,
Los otros cuatro barcos quebrantados
Llegaron á la playa del Dorsino:
En Santa Marta fueron avisados
Del pesado desmán que les avino,
Y fué de tal manera la congoja,
Que en mucho tiempo no se hizo floja.

Mas don Pedro Fernandez no desmaya,
Antes los dichos cuatro barcos varan
Por mandamientos suyos en la playa,
Y los calafatean y reparan,
Para quel resto de la gente vaya
A ver las otras gentes en qué paran;
A los cuales les fuera desavío
No llegales socorro por el rio.

Son pocos ó ningunos los sosiegos,
Porque fuera dañosa la tardanza;
Y así nombraron de comunes ruegos
Por general, mediante su templanza,
Al licenciado dicho Juan Gallegos,
Persona de valor y confianza,
Que en Quito de Pizarro se rebela:
Murió después con Blasco Nuñez Vela.

Después que por el dicho licenciado
El cargo se tomó, puso la frente
En ordenar lo que le fué mandado,
Como varon sagaz y diligente:
Fué luego su viaje comenzado
Con doscientos soldados solamente,
Y por el rio de la Magdalena
Subieron sin desmán que les dé pena.

No los detienen guerras ni raudales;
E yendo prosiguiendo la subida,
Supieron luego de los naturales
De la gente que estaba detenida
En Sompallón, pero de muchos males,
Hambre y enfermedad, enflaquecida,
Y todos ellos no sin grande pio
De ver llegar los barcos por el rio.

Como les diesen pues carrera franca,
Sin conocerse voluntad aviesa,
Ora con remos, ora con palanca,
Ora con sirga larga, se dan prisa
Para poder llegar á la barranca,
Do para se juntar fué la promesa;
Y al fin, en breve número de dias,
Se vieron juntas ambas compañías.

Como de los deseos precedentes
Sus propios ojos fueron ya testigos,
Deshácese las rugas de las frentes,
Así de los modernos como antiguos:
Abrazanse parientes con parientes,
Huélganse los amigos con amigos;
Mas dellos cada cual espanto tiene,
De ver el poco número que viene.

Y como lastimados corazones
Dijesen al que estaba con recelo
La causa de sus grandes dilaciones,
Y los que consumió marino duelo,
Volvieron á formar lamentaciones,
Mezclando su placer con desconsuelo,
Por perder en aquellas tempestades
Sus antiguas y buenas amistades.

Pero como tristeza valga nada
Para restauracion de perdimiento,
La gente baquiada mas cursada
Procuró mitigar el sentimiento;
Y el general Jimenez de Quesada,
Para dar orden al descubrimiento,
Después que á su presencia los convoca,
Sacó tales palabras de su boca:

«Caballeros, con gran razon se siente
Una nueva de tanta desventura;
Pero quien es sagaz y hombre prudente
Verá por su discreta conyectura
Cómo le cumple moderadamente
Pasar por lo que ya no tiene cura,
Porque, perdidos los humanos cuellos,
Solo resta rogar á Dios por ellos.

«También quiero decir que no vi suerte,
En lo que profesais é yo profeso,
Que se pasase sin alguna muerte,
Ó tuviese del todo buen suceso:
Mas no porque el primero no se acierte
Ha todo tiro de salir avieso,
Pues si el un ballestero queda manco,
Otro puede después dar en el blanco.

«Y aquella miserable contingencia
No puede deshacer la dicha mia,
Por haber sido falta de prudencia
Del loco capitán que los regia,
O por ventura santa providencia
De aquella perenal sabiduria,
Pues en faltar el uno y otro Diego,
Faltan bullicios y desasosijos.

«Faltando los dos dichos trompezones
Con otra gente desasosogada,
Están absentes cuantas confusiones
Pudieran suceder en la jornada:
De suerte, que de sus tribulaciones
Emana nuestra vida descansada,
Y el perderse, por poca vigilancia,
Para nosotros todos fué ganancia.

«La cual no será corta sino llena,
Mediante Dios y su cabal ayuda,
Porque fortuna que unos desordena,
Para favorecer otros se muda:
Que de topar habemos cosa buena,
Y cerca desto yo no tengo duda,
Como con el valor que se requiere
Cualquiera de nosotros persevera.

«Y así cumple mostrar claro semblante
A hambres y trabajos importunos,
Para poder pasar mas adelante
O bien hartos de pan ó bien ayunos;
Y ninguno desmaye ni se espante,
Cuando se vieren perecer algunos,
Pues donde quiera, semejantes dejos
A todos los humanos son anejos.

«Mayormente terreno donde toco
A todos los nacidos enuebierto,
Y donde no será menos que loco
Quien pensare que no puede ser muerto,
Porque nunca lo mucho costó poco,
Y el vivir á los hombres es incierto;
Mas hasta ver qué hay, ó viva ó muera,
Yo no me puedo ya salir afuera.

«Que por acá la gente generosa
Muy mal puede vivir sino por guerra,
E ya que de riquezas deseosa
De su naturaleza se destierra,
Conviénele buscar alguna cosa,
Si quisiere volver á ver su tierra,
O cuando no hiciere tal trasunto,
Acá pueda tener honroso punto.

«Porque si la fortuna no se muestra
A nuestros pensamientos adversaria,
Aquella llamaremos patria nuestra
Que diere la riqueza necesaria,
Y que con el valor de vuestra diestra
Hiciéremos de libre tributaria;
Y entonces lo feroz tornado manso,
Pasaremos la vida con descanso.

«Así que, para ver lo que decimos,
Quien estuviere frío se caliente,
Que para coger fértiles racimos
Tierra de promision teneis enfrente;
Mas si volvemos como nos venimos,
Cierto sería gran inconveniente,
Tanto que con mejor aviamiento
Nadie podrá volver en salvamento.

«En los barcos ir todos no cabemos,
Ni puede ser sin riesgo conocido:
Si por tierra, ¿de que nos mantenemos,
Estando cualquier pueblo ya barrido?
De manera que destes dos extremos,
El no volver atrás es buen partido:
Cuánto mas ¿qué bienes ó qué renta
Dejastes en la mar sino tormenta?

«Hambre y enfermedad nos perseguía
El tiempo que estuvimos en sus puertos,
Y nunca vi que se pasase dia
Que no viésemos tres ó cuatro muertos:
Mirad la sierra si se defendía,
Y los heridos por sus desconciertos
Mandaban que con cepos estuviesen,
Hasta que con la rabia pereciesen.

«Sea pues la jornada larga ó corta,
Duren prolijos montes y espesuras,
Que la resolucion que mas importa
Es ver el fin de aquestas aventuras:
Este consejo da quien se reporta
Y la noticia tiene por seguras,
Y mas agora con el buen avio
Que tenemos de barcos por el rio.

«Porque mientras durare la demanda,
El orilla será nuestra carrera,
Y los barcos por una y otra banda
Buscarán de comer por la ribera,
Acudiendo con alguna vianda
A los que nos hallamos acá fuera;
Y si por acá hallan buenos nidos,
También serán los barcos proveídos.

«Cuanto mas que la gente que huida
Hallamos de los pueblos y cortijos,
Otra banda la tiene recogida,
Y allá están las mujeres y los hijos;
Y es imposible no tener comida,
Como se busquen bien los escondijos;
Y hallada por una y otra via,
Terremos razonable pasadia.

«Por tanto, los que rigen escuadrones,
Si no quieren seguir opinion vana,
Manden que suenen bandos y pregones
Que digan cómo salgo de mañana;
Los barcos, caballeros y peones,
Sigán mi parecer de buena gana,
Porque con el favor del Rey de gloria
Yo les daré ganada la victoria.»

En dando fin á su razonamiento,
Tuvo muy á su gusto la respuesta;
Y así para venir al cumplimiento,
Esta congregacion se hizo presta:
Vierades alistar el instrumento,
El espada, la lanza, la ballesta,
Y los demás pertrechos y adherentes
De que suelen usar guerreras gentes.

Febeo resplandor en esta hora
Apartando se va del hemisferio
Donde la belicosa gente mora,
Y con oscuridad en el imperio
La noche se quedó por sucesora,
Puesta vista mortal en capliverio,
O con sueños ó con impedimento,
De no ver su salud ó detrimento.

Pero cuando doraba ya la planta
Apolo, reiterando su venida,
Resuena de trompetas la garganta
Que suele despertar gente dormida;
Y así la peregrina se levanta,
Para poner por obra la partida:
Los sanos, los enfermos, los tullidos,
Segun pueden, están apercebidos.

Luego por don Gonzalo se procura
Que se celebre divinal oficio;
Y el buen padre Lezgamez, como cura,
A Dios ofrece santo sacrificio:
Oyóse con devota compostura
De los que profesaron su servicio;
Y acabada la obra religiosa,
Prosiguen su jornada trabajosa.

Hierónimo de Insa va rompiendo,
Por ser el capitán de macheteros,
Espesísimos montes, y haciendo
Puentes para las ciénagas y esteros,
Los calurosos dias consumiendo
En trabajos que no son crederos;
Tanto que con innumerable tinta
No se podrá decir la parte quinta.

Porque por la montaña do guaban,
O sus cansados pasos ó las riendas,
Por mucho que buscasen no hallaban
Señales de caminos ni de sendas:
Que los indios por aguas se mandaban
En todos sus contractos y haciendas,
Ni jamás se rompió tal aspereza,
Desde que la crió naturaleza.

Y así, con trabajar las compañías
Con el sudor á todos importuno,
Aconteció romper en ocho dias
Lo que pudieron caminar en uno;
Y con buscarse por entrambas vias,
El alimento fué cuasi ninguno:
De manera, que con necesidades
También crecían las enfermedades.

Aquellos que se sienten mas enteros
Tienen necesidad que les ayuden,
Y los mas amigables compañeros
Con mil desabrimientos se sacuden:
Empapan los terribles aguaceros,
Sin tener otra ropa que se muden;
Y así, para secar la pobre tela,
El flaco cuerpo sirve de candela.

Cubiertos van de llagas y de granos
Causados de las dichas ocasiones,
En vida los comían los gusanos
Que naecen por espaldas y pulmones,
No se pueden valer de pies ni manos;
En lo mas raso hallan trompezones;
No tienen do llevar hombres enfermos,
Y así quedaban muchos por los yerros.

«Oh, cuántos con suspiros y gemidos
Allí se quejan por dejar su suerte!
Oh, cuántos al camino son movidos,
Y atrás un flaco viento los convierte!
Oh, cuántos se quedaron abscondidos,
Por no verse vivir con tanta muerte,
Tomando por grandísimo regalo
Acabar de morirse tras un palo!

«Oh, cuántos en aquellas espesuras
Fueron cebo de aves carníceras,
Y cuántos á quien fueron sepulturas
Vivas entrañas de las bestias fieras,
Que saltan en las noches oscuras
A gentes naturales y extranjeras!
De suerte que á los bajos y á los altos
Eran comunes estos sobresaltos.

Con este general inconveniente
Va caminando castellana mano,
Sin poder sano socorrer doliente
Ni doliente valerse de hombre sano:
No procura pariente por pariente,
Hermano no se cura del hermano,
Y ¿qué presta querer? pues, aun que quiera,
Lo que desea dar es lo que espera.

Mas un hombre de aquella compañía,
De cuyo nombre yo soy ignorante,
Y aun los que della viven este dia,
No pudiendo pasar mas adelante,
Hablando con un hijo que tenía,
Para cualquier rigor hombre bastante,
Le dijo: «Hijo mio, yo me quedo,
Que por ninguna via mas no puedo.

«De tí hago postrera despedida,
Porque vital espíritu me calma;
Está ya la virtud enflaquecida,
A gozar quiere la muerte de su palma:
Harás, hijo, si Dios te diere vida,
Aquel bien que pudieres por mi alma;
Por el de hasta agora te bendigo,
Y la gracia de Dios sea contigo.»

El hijo, con los ojos hechos río,
Responde con amor caritativo:
«No quiera Dios que yo haga desvío
El tiempo que, señor, durades vivo;
Y cuando ya tengais el cuerpo frío,
Mis manos abrirán comun archivo
En esta soledad y en tierra ajena,
Para mayor aumento de mi pena.

»Y en tanto que no fueren descompuestas
Del alma las terrenas ligaduras,
Yo tengo de llevaros á mis cuestras
Por estas trabajosas espesuras:
Que no parecerá bien ir enhiestas
Mis espaldas, pues pueden ir seguras
Con un peso que no me será grave,
Antes no menos grato que suave.»

Asiento hecho pues de manta larga
A las manos asida con correas,
Sobre sus piadosos hombros carga
La presea mejor de sus preseas,
Ocupados mas tiempo con la carga,
Que con Anquises fueron los de Eneas;
Pues durarian estas obras pias
Por espacio de seis ó siete dias.

Sin fallecer jamás en el intento
Con los demás regalos que podía,
Hasta que le faltó vital aliento,
Y lo mortal cubrió la tierra fria;
Y el pobre mozo del quebrantamiento
Poco después le tuvo compañía,
Con otros muchos que por despoblados
Acabaron la vida y los cuidados.

Muchas veces el campo peregrino
Está por dos ó tres dias parado,
Entre tanto que rompen el camino
Aquellos á quien dieron el cuidado;
Mas al enfermo de descanso dino
Lo mandan luego ir por lo talado,
Pareciéndoles ser mejor remedio
Que los enfermos vayan en el medio.

E yendo solos les acontecia
Vellos los indios desde su navio,
Que por aquel compás iba ó venia,
Y como fuesen todos sin avio,
Sin dejar nadie de la compañía,
Los mataban y echaban en el río,
De donde los caimanes referidos
Quedaron muy cebados y atrevidos.

Y viéndose después los sanos juntos,
Como faltasen estos del rebaño,
No hallándolos vivos ni difuntos,
Caso les parecia bien extraño;
Hasta que conocieron por barruntos
Las ciertas ocasiones deste daño:
Venian después dos con sus caballos
Con ellos para vellos y guardallos.

Destá suerte prosiguen la jornada,
Huyendo cuanto pueden de reposo;
Porque los amenaza con su entrada
La furia del invierno pluvioso:
E yendo por la parte señalada,
Toparon otro río caudaloso,
Cuyas corrientes dan en el arena
Del río grande de la Magdalena.

Sus aguas lleva de color bermejo,
Por la creciente grande que traia;
Faltó para pasar el aparejo,
Demás de que la noche se venia,
Y así tuvieron por mejor consejo
Esperar lumbre del siguiente dia:
Pluvias y truenos son por tales modos,
Que pensaron allí perecer todos.

De riesgos otros menos son seguros,
Por haber otro mal cotidiano;
Y así, tendidos nublados mas oscuros,
Acudió luego carnícera mano;
La cual, con uñas y con dientes duros,
Asió del miserable Juan Serrano:
«Valedme, dice, gente compañera,
Socorred, que me lleva bestia feroza»

Acudieron soldados mas cercanos,
Movidos de justísima clemencia,
Con espadas y lanzas en las manos
Y toda la posible diligencia,
Y con fuerza y esfuerzo de romanos
Lo quitan á la viva pestilencia;
Pero de la manera que conejo
Que suelta de los dientes perro viejo.

Destá misma manera se le saca,
Y por ver si podía tener cura,
Le colgaron muy alta la hamaca,
Entre tanto que llega la luz pura;
Velose cada cual en su barraca,
Fatigados de tanta desventura;
Mas antes que el aurora lumbre diese,
Llevó sin que nadie lo sintiese.

Y cuando ya las húmidas regiones
Se vestían del rayo soberano,
Copia de caballeros y peones
Lo buscaron, mas fué trabajo vano:
Así que, por las dichas ocasiones
Le llamaron el río de Serrano,
En memoria y acuerdo deste hombre,
Y siempre durará con este nombre.

Vistos aquellos miserables fines,
Luego bajó Pero Nuñez Cabrera,
Con diez soldados de los mas insines,
A ver del río Grande la ribera,
Para hacer venir los bergantines,
Y en ellos travesar á la frontera
Del río de Serrano, ya nombrado,
Porque no le pudieron hallar vado.

Llegaron pues los barcos al paraje
Que mas á su propósito convino;
Efectúan con ellos su pasaje,
Y en confianza del favor divino
Prosiguen adelante su viaje
Por un trabajosísimo camino
De espesos montes, ciénagas, esteros,
Y á cada paso mil atascaderos.

Porque demás de ser esta montaña
En espesuras sumamente ciega,
De limpios animales muy estrana,
Y tal que clara lumbre se le niega,
Cuotidiana pluvia la baña,
Y demás de lo que mayor aniega
Muchos rios que bajan de la sierra
Inundan los conveses desta tierra.

Yendo pues su viaje cierto dia,
En un río se dió de gran fondura,
Que para proceder los impedia,
El agua toda del negra y obscura;
Era profundo, mas su travesía
Como de treinta pasos en anchura:
Fueron por las orillas grande trecho,
Y no pudo hallársele deshecho.

No hay árbol desta parte conviniente,
Y en la otra los hay de gran altura
Que caen á propósito y enfrente
De donde tiene mayor angostura,
Y encima derribados harán puente,
Por do la gente pase mas segura:
Y así por don Gonzalo fué mandado
Que para los cortar pasen á nado.

Nunca la gente con quien él hablaba
Mostró jamás temor á duro hecho,
Y agora cada cual se recelaba,
Con ser breve pasar aquel estrecho;
Mas Domingo de Aguirre, que callaba,
Hendió las aguas con su fuerte pecho,
Y como viesen ya hacer comienzo,
Pasó luego tras él un Juan Lorenzo.

Para dar via do se les empacha
Y hacer puente donde se les manda,
Piden que les arronjen una hacha
A los que tienen la contraria banda;
La cual brazo de fuerzas les despacha,
Y así cortaron una ceiba blanda,
Con otras diferencias de maderas
Que tocaban entrambas las riberas

Pudiera Juan Lorenzo por la puente
Pasar donde lo estaban esperando,
Y el miserable joven, imprudente,
Determinóse de volver nadando:
Asióle del un pié fiera serpiente,
Y en el fondo lo metió forcejando;
Otra vez sobreaguó las manos puestas,
Y dijo dos palabras, que son estas:

«Señor, misericordia!» y al instante
Fué de la bestia fiera sumergido,
De suerte, que la gente circunstante
Miró por él, mas nunca mas lo vido:
Dió gran dolor al campo caminante,
Y no faltó ternísimo gemido,
Por ver ante sus ojos la violencia,
Y no poder hacerle resistencia.

Con este general desabrimiento
Procede por allí la gente coja,
Sin padecer desmayos el intento
Ni se reconocer voluntad floja,
Aunque tan faltos todos de alimento
Cuan llenos de dolor y de congoja,
Absortos y olvidados de su vida,
Al olor de una cosa no sabida.

El mas fuerte vigor es flaca hebra,
Que acá y allá hijero viento mueve;
En el número dellos hay gran quiebra,
Pues cuatrocientos hay de cientos nueve;
No queda lagartija, ni culebra,
Ni sapo, ni ratón, que no se pruebe:
Que la hambrienta gana y atrevida
Ninguna cosa halla prohibida.

Demás deste rigor cotidiano,
Otro no menos mal les sobreviene,
Y es carecer del cotidiano grano
Que da sabor á cuanto no lo tiene,
Y en el varón enfermo y en el sano
No hay necesidad con que mas pene:
Y por la dicha falta cuasi todos
Andaban como tontos y beodos.

Comen raíces de árboles, y tallos
Tiernos, que nunca fueron conocidos;
Mataron con obscuro tres caballos
En diferentes noches atrevidos,
Y es porque no pudiendo remediallos,
Han de ser por cabezas repartidos,
Y todos los quitaran de por medio
Si no se proveyera de remedio.

Y así la culpa desta golosina
No quieren que se pague con septenas,
Ni toman afrentar por medicina,
Antes el auto fué con estas penas:
Que quien comiere carne caballina
Cuchillo rompa sus vitales venas;
Y este pregon y mando fué tan bueno,
Que les hizo tener á todos freno.

En este tiempo de rigor horrendo,
Gallegos, el valiente licenciado,
Andaba con los barcos descubriendo
Por las orillas de uno y otro lado;
Y andando desta suerte discurriendo,
Vió cierto pueblo bien acomodado:
Bajóse, sin hacer guerrera prueba,
A dar al general aquesta nueva.

El cual no recibió poco contento,
Y era tanta la gana que tenía
De poder descubrir mantenimiento
Para la fatigada compañía,
Que por dar al deseo cumplimiento
Mudó la discreción en osadía:
Quiso por agua ir de los primeros
Con solos seis ó siete compañeros.

Su hermano Hernán Pérez de Quesada,
Antonio de Lebrija Maldonado,
El alférez Olalla, cuya espada
Pone contrarias gentes en cuidado,
Y Vanegas, persona señalada,
Y el Domingo de Aguirre ya nombrado,
También Pedro Velasco, cuya mano
El peligro mayor halla liviano.

T. IV.

En tres leños se meten mal seguros,
Todos con canaletes en las manos,
Y el miserable joven, imprudente,
Los árboles de montes comarcanos;
Son un indio y un negro paliuros,
De la familia destes dos hermanos:
Con tanto riesgo van, que se me jura
No ser tanto valor cuanto locura.

Aunque cercanos van á la ribera,
Por ser aquel menor inconveniente,
Con gran trabajo pasan la carrera,
Por no faltar raudales y corriente;
Mas el valor y fuerza persevera
Hasta poder del indio ver la frente,
Y andarian tres leguas de camino
Antes de ver el rayo matutino.

Mas al tiempo que de la parte eoa
Apolo sus cabellos esparcía,
Pudieron descubrir una canoa
Que indios enviaban por espía:
A ella cada cual guia la proa,
Pero con dos remeros que traía
De tal manera meneó las palas,
Que dar alcance no pudieran alas.

Persiguiéndolos va la gente blanca,
Aunque mas tardamente se menea,
Pero valor y brio no le manca
Para guia tomar que buena sea;
Tras una punta vieron la barranca,
Y el pueblo pareció que se desea
En enjuto lugar y parte exenta,
Y sus caneyes eran como treinta.

Cada cual se compuso como pudo,
Pudiéndolos hacer estar á raya
Muy pocos, mas cubiertos del escudo,
Valor del español tomó la playa,
Pensando que de parte del desnudo
No faltaría quien contra ellos vaya;
Pero no pareció cosa viviente,
Por estar todo morador absente.

Porque desde que vieron los navios,
Reconocieron ir en su demanda,
Y así dejaron solos los bubios,
Tomando por amparo la otra banda,
Con todos sus pertrechos y atavios,
Y lo demás que tienen por vianda;
De manera que por entonces poca
Fué la recreación para la boca.

Pero por arcabucos y riberas,
Siendo por los soldados indagadas,
Hallaron razonables sementeras,
Algunas dellas cuasi sazoadas,
Que fueron á las gentes extranjeras
Alivios, según faltas atrasadas,
Y por el orden grande que se puso
Sirvieron muchos dias á su uso.

Recogieron algunas churcherías
De las que el indio labrador alcanza;
Esperaron allí las compañías
No sin demasiada confianza,
Porque serian seis ó siete dias
Aquellos que hicieron de tardanza,
Y si gente de indios acudiera
Es de creer que mal les sucediera.

Mas con los sobresaltos y barruntos
Con que sueño quieto se destierra,
No dejaban de estar á todos puntos
Opuestos á los trances de la guerra,
Hasta tanto que ya se vieron juntos
Los que por agua van y los de tierra;
Y entre tanto que tienen alimento
Determinan allí hacer asiento.

Entre las cosas allí rancheadas
Hallaron mantas de algodón tejidas,
Pintadas con pincel y coloradas,
De ningunos antiguos conocidas;
Con gran aplauso son solemnizadas
Por ser muestra de cosas mas subidas,
Y no de morar lejos de la tierra,
Viéndose muy cercanos á la sierra.

Pues porque no tuviesen destemplanza
En recoger el grano deste puerto,
Hay mando riguroso y ordenanza
Con público pregon y descubierto,
Que quien cogiese grano de labranza
Sin descargo de culpa fuese muerto,
Pues había de ser la tal comida
Por orden y concierto repartida.

Pocos días después de su venida,
Los moradores destes señoríos
A ver la nueva gente y atrevida
Vinieron en sus fútiles navíos,
Mostrándose de paz, aunque fingida,
Pues no quisieron ir á los buhíos;
Y á no ver en el río bergantines
Fuera en sus efectos mas ruines.

Dentro del agua hacen su parada,
Puesto que nuestra gente los convida,
Mas como tienen intencion dañada,
Con flechas hacen un arremetida;
Y no fué tan veloce su llegada
Cuanto hicieron presta la huida,
Diciendo de los nuestros grandes menguas,
Segun interpretaron ciertas lenguas.

Al fin ellos volvieron de mal arte
Contra la potestad de las corrientes,
Do la madre del río se reparte
En cuatro que son brazos prepotentes,
Y esto llaman la Tora, y es la parte
Do reposan agora nuestras gentes,
Y donde muchos Cloto, parca dura,
Metió dentro de viva sepultura.

Pues por estar sin fuerzas y sin brio
Usaban de sepulcros indecentes,
Porque viendo quedar el cuerpo frio
Los vitales espíritus absentes,
Echaban á los muertos en el río,
Donde los devoraban las serpientes,
Y así, cebados en aquel sustento,
Iban sus osadías en aumento.

Pues es así verdad que tanta era
La vigilancia del portento duro,
Y hambre de la bestia carnícera,
Que ni con claridad ni con obscuro
Nadie tentó llegar á la ribera
Que pudiese salir della seguro;
Y dejó de contar casos diversos
Por no poder caber en pocos versos.

Pues antes de caer en el engaño,
Como llegasen muchos descuidados
A beber ó lavar el pobre paño
Por falta de criadas ó criados,
Hicieron los caimanes mucho daño
En caballos y perros y soldados;
Y así con vara larga se cogía
El agua que en el campo se bebía.

Y agora fué y en esta coyuntura
Cuando Roa mató con tiro ardiente,
Segun pusimos ya por escriptura,
Aguella ferocísima serpiente
Que tanto mal y tanta desventura
Muerta pudo causar á nuestra gente,
Porque su gusto della fué de suerte,
Que tuvo quien comió gusto de muerte.

Los sanos pues de nuestros peregrinos
Determinaron de hacer salidas,
A fin de buscar sendas y caminos
Que los guien á tierras proveídas;
Pero de tanto bien no fueron dinos,
Que todas son montañas estendidas,
Tan lluviosas, tan tristes, tan obscuras,
Que no pueden romper sus espesuras.

Sus aposentos son húmidas matas;
Los árboles les sirven de cubijas;
Murciélagos, mosquitos, garrapatas
Ocupan piés y piernas y verijas,
Avispas y hormigas y mal gratas
Culebras, sapos y otras sabandijas,
Que los hacen volver desesperados
A do quedaron los demás soldados.

Viendo que los de tierra dan ruines
Nuevas, determinaron que se nueva
La compañía de los bergantines
Y hagan por el agua larga prueba,
Recorriendo las playas y confines
Para volver á dalles buena nueva:
En cumplimiento de lo cual levantan
Corvos resonos y los remos plantan.

Prosiguen pues por las acusas vias,
Mirando bien el uno y otro seno;
No ven en los recodos ni bahías
Tierra poblada ni recurso bueno;
Gastaron en aquesto muchos días,
Y al cabo se volvieron al veinteno,
Todos sin esperanza de remedio,
Y algunos que faltaban de por medio.

Que puesto caso que por despoblados
Y que nunca jamás hollo vecino,
Eran aquestos los mejor librados
A causa de ser claro su camino,
Todavía se ven menoscabados
En cantidad del número que vino,
De hambre, llagas, calores terribles,
Los cuales por allí son insufribles.

Aguaceros de invierno y de verano,
De que su pobre ropa los escuda,
Y siempre con los remos en la mano
Los unos y los otros á remuda;
Faltábales la sal, faltaba grano,
Que para los trabajos es ayuda,
Y de mosquitos tan terribles plagas,
Que ya todos sus miembros eran llagas.

Como llegasen pues con descontentos
Que yo por abreviar hago sumarios,
Viendo que cielo, tierra y elementos
Les eran enemigos y contrarios,
Para perseverar en los intentos
Los mas tenían pareceres varios,
Y aun no estaban enteros como antes
Los que del escuadron eran atlantes.

El San Martín y Céspedes son estos,
Hombres que para todos buenos hechos
Jamás dejaron de hallarse prestos
Sin concebir temor sus fuertes pechos,
Y agora con caminos tan molestos
Y faltos de soldados y pertrechos,
Viendo del campo todo las querellas
De pura compasión se van tras ellas.

Y así, viendo la plaga miserable
En que se ve la resta del armada,
Por ser el San Martín varon afable
Y su persona bien acreditada,
Le ruegan con instancia que le hable
Al Gonzalo Jimenez de Quesada,
El cual movido deste justo ruego
Las razones siguientes dijo luego:

«A quien fortuna no se muestra dura
A su casa le lleva la ganancia,
Mas á los que carecen de ventura,
Poco les presta buena vigilancia;
Y pues siempre la veis triste y obscura
A nuestra pertinaz perseverancia,
Tengo por bueno que salgamos fuera
De lugar do remedio no se espera.»

«Quizá cuando queramos no podremos
Ni la debilidad abrirá puerta,
Pues todo cuanto veis y todos vemos
A mirar por nosotros nos despierta,
Porque si prosiguimos, nos metemos
Donde la perdición tenemos cierta;
Y en tan grandes extremos es cordura
Que sigamos la vía mas segura.»

«Cuanto mas se prosigue la jornada
Y mas llegamos á la sierra alta,
Tanto mas la hallamos despoblada
Y de consuelo y de refugio falta:
Montaña tenebrosa y asombrada,
Tanto que los humanos sobresaíta,
De sucios animales toda llena,
Cuya memoria sola causa pena.»

«No vemos de zavanas apariencias
Que con su caza den algun consuelo,
Sino bosques que crian pestilencias
Sin dar al aire cosa que de vuelo;
Predominan malignas influencias,
Un continuo llover, un triste cielo,
Truenos, obscuridad, horror eterno,
Con otras semejanzas del infierno.»

Del río son ya grandes las corrientes
Para los bergantines que llevamos,
Y faltan, mi señor, si parais mientes,
Dos partes de la gente que sacamos;
Llagados, consumidos y dolientes,
Esos pocos soldados que quedamos;
E yendo por tan ásperos terrenos
Creed que cada día seran menos.

«Si no cabemos en los bergantines,
Otras ayudas hay que no son falsas,
Que me señalan para tales fines
No personas insulsas, sino salsas;
Y son que podran ir hasta rocines,
Haciendo de canoas buenas balsas:
Iremos agua abajo prestamente
Al morador de paz que nos sustente.»

«Hay número de indios importante:
Para traellos al real servicio
Buscaremos asiento do se plante
Ciudad que tenga cielo mas propicio;
Erigireis iglesia do se cante
Y se celebre santo sacrificio;
Formaremos allí perpetuos ranchos,
Pues hay fertilidad y campos anchos.»

«Gozaremos de suelos mas enjutos,
Pues los hay en aquella circunstancia;
Serviremos han aquellos hombres brutos
Que poseen larguísima distancia;
Pagarnos han demoras y tributos,
Pues de oro tienen todos abundancia;
Y lo deste compás triste y horrendo
Después podremos illo descubriendo.»

«Es en Tamalameque y su distrito,
Río Grande, lagunas y rincones,
El número de indios infinito,
Grandes y numerosas poblaciones,
Que puestas y apuntadas por escrito
Satisfarán á vuestras intenciones,
Y entenderéis lo mucho que se gana
En asentar allí gente cristiana.»

«En esta relacion he dado muestra
De lo que siente nuestra compañía,
Así la chapetona como diestra,
Cerca de que dejéis esta porfía;
Mas yo puedo jurar que de la vuestra
Está pendiente la voluntad mía,
Y no me hallareis menos constante
Si quisierdes pasar mas adelante.»

«Pero vuestra merced se determine
En la resolución y en la respuesta,
Antes que tanto mal nos arruine
Sin dejar en el campo cosa enhiesta;
Y Dios por su bondad nos encamine
En una confusion tan manifiesta,
Do fortuna se muestra tan malina,
Que todo buen juicio desatina.»

Oyó Quesada su razonamiento,
Pero como faltó correspondencia
A su mas levantado pensamiento,
Guiado por divina Providencia,
Tomólo con algun desabrimiento;
Y así sin les captar benevolencia,
Por desviar aquellas opiniones
Tuvo por bien decir estas razones:

«A todos es negocio creederlo,
Si viso de razon está presente,
Cómo nadie procura ni yo quiero
El mal y perdición de tanta gente;
Antes todos buscamos paradero
Para nuestro descanso conviniente,
Y con estos intentos y destinos
Preponemos romper estos caminos.»

«Y el acerbo dolor deste tormento,
Con fatigas de todas partes llenas,
Débese de creer que yo lo siento,
Pues padezco también las mismas penas,
Y el singular dolor y sentimiento
Aquese pago yo con las septenas,
Porque hecha mortal mi alma hiere
Cuando de cualquier mal alguno muere.»

«Pero para curar el mal que veo
Dadme remedio que remedio sea,
Pues ese que me dais es devaneo
Que juicio flaquísimo tanea,
Pusilanidad y caso feo,
Contrario del valor que se desea,
Y en el efecto consta claramente
Ser el peligro muy mas inminente.»

«Porque todos sabeis y es cosa vista,
Que para subyectar esa partida
Tiene de ser por agua la conquista,
Por ser su fortaleza y acogida;
Y nuestra gente para que resista
Esta de tiros mal apercebida,
Y donde falta del caballo huella
En los indios se hace poca mella.»

«Demás desto, la gente que nos queda
Por espaldas son indios atrevidos,
E ya la masa dellos tan aceda,
Que tarde los veremos corregidos;
Y aun el armada quiera Dios que pueda
Salir de sus provincias y partidos,
Pues las contractaciones de los nuestros
En la guerra los han hecho mas diestros.»

«Decis que de canoas harán balsas
Para llevar mejor aviamiento:
Entenderá ser opiniones falsas
El que tuviere buen conocimiento,
Pues es al enemigo dalle salsas
Para mejor gustar de su contento,
Que cuando la flaqueza reconoce
Se alienta para dalle mayor coce.»

«Pintáis con alabanzas aquel puesto
Por ver el oro que su gente tiene,
Y á todos es negocio manifiesto
Cómo por vía de contractos viene;
Así que, bien mirado todo esto,
Otro progreso cumple que se ordene,
Y es que quiero buscar, ó muera ó viva,
La tierra de donde ello se deriva.»

«Porque si buen juicio lo tanea,
Contracto es y habemos de buscallo;
Y allí quiero parar donde me vea
Quien no vió barba larga ni caballo;
Y es este para lo que se desea
El último remedio que yo hallo:
Cuanto mas, que señal teneis alguna
Que no puede borrarla la fortuna.»

«Y porque no penseis que son novelas
Compuestas, ni livianas conyecturas,
Aquí hallamos juntas cinco telas
Con mil diversidades de pinturas,
Que para mis designos son espaldas,
Por entender que ya no voy á obscuras;
Porque nunca jamás atrás se topa
Entre los indios semejante ropa.»

«Pues aunque discurrais desde los mares,
De do comienzan estos hombres rudos,
Pasando por provincias y lugares
Que suelen visitar vuestros escudos,
No vereis ejercicio de telares,
Por ser sin escepcion hombres desnudos,
Y es el uso comun dellos y dellas,
Eso me da casadas que doncellas.»

«Y allí donde la tela fué tejida,
Gente debe de ser de mejor casta,
En el honestidad mas advertida,
No tan desvergonzada ni tan basta,
Porque no dudo ser gente vestida,
Nobles influjos y provincia fasta,
Adonde nos esperan ricas medras,
Aureas joyas y preciosas piedras.»